

AGUILAR

➡ El voto nulo puede ser pura nulidad si no detona una agenda política visionaria pero realizable.

Los alcances de la negación

LUIS F. AGUILAR

En recuerdo de Alejandro Rossi.

La política del país en estos últimos 20 años ha sido dominada por la negación, por los No, y por la creencia de que las negaciones son productivas, destruyen las realidades inaceptables y mueven a la sociedad hacia formas de mayor calidad. Es algo probable más que cierto, pues negar la realidad que se ha vuelto insostenible e insoportable por sus vicios es más fácil (por lo menos, discursivamente) que darse a la tarea de construir la realidad que se prefiere y valora.

La creencia en la productividad de la negación tiene teorías, filosofías y utopías de respaldo. El pensamiento dialéctico se basa en la idea de que la negación de las realidades sociales y sus conceptos ocurre porque éstos ya están carcomidos internamente por sus contradicciones, incoherencias y contrasentidos, de modo que negarlos es algo no sólo lógico y racional sino emancipador. La negación expresa y realiza simplemente lo que es el destino de toda realidad que se ha vuelto contradictoria consigo misma. Su destino es desaparecer, dejar de ser y dejar libre el camino para una historia más racional, en la que concepto y realidad, deber ser y ser se acerquen más, se correspondan. En esta perspectiva, los negadores serían hacedores de la historia. Podríamos decir entonces en el entusiasmo que los anuladores del voto dan simplemente concepto y voz a la realidad de una política negativa, nula, contradictoria con su misión pública y, al hacerlo, se convierten en algo así como los nuevos salvadores de la patria. Tal vez.

Sin embargo, la realidad política suele ser indisciplinada con la filosofía. Los No, la negación de la realidad

política inaceptable a causa de su improductividad, son un factor indispensable para cambiar las cosas, pero insuficiente, pues no son el único factor causal y menos el determinante al momento de iniciar el proceso de producción de la realidad deseada, que en este caso es el régimen político democrático según su concepto republicano, liberal y social. En el mejor de los casos la negación puede ser el detonador de la producción de la realidad social deseada, pero puede ser también pura destrucción, motivada por enojos, intereses, prejuicios y juicios emocionales. La realización de un régimen democrático productivo dependerá de muchos otros factores de diverso tipo y nivel, que poca relación guardan con la negación de lo

existente y que implican capacidad de convocar, de pactar una agenda de reformas, de ampliar la red de alianzas, de sostener el esfuerzo en el tiempo y de dialogar seriamente con partidos y legisladores en busca de acuerdos de fondo, pues el insulto y la caricaturización, aun si apantallantes, muestran rápidamente sus límites al momento de realizar cualquier proyecto político. El voto nulo puede ser nulidad y no fuerza de cambio.

Entre nosotros está muy difundida la creencia de que basta negar el pasado con toda fuerza, no dejar rastro de él, para que aparezca la situación social que se desea. Para no ir muy atrás, hemos creído que con decir No al autoritarismo, al presidencialismo, a la hegemonía de un partido oficial y a sus esquemas de corrupción, discrecionalidad y oportunismo legal –“Sacar al PRI de Los Pinos” fue el filosofema– aparecería de inmediato la democracia republicana, liberal y social y de ese hermoso régimen brotarían políticas económicas y sociales

que nos convertirían en un país justo, seguro, laborioso y próspero. Ésa fue la primera edición de la Vulgata del No en política. Estos años nos han hecho aprender que se requerían más acciones y más complejas para poner en pie un régimen democrático con la capacidad de dirigir al país. El No político-electoral del 2000 depuso un sistema considerado una calamidad, pero no tuvo el efecto de hacer surgir un sistema de justicia y policía honesto y competente ni un sistema político con un Ejecutivo visionario y capaz de entenderse con los legisladores ni hacer que el Legislativo mostrara disposición a hacer las reformas que resolverían los problemas crónicos de un país que parece caerse. Apareció en cambio la partidocracia.

Sería conveniente evitar una segunda edición de la Vulgata del No en política. Debemos controlar la creencia de que basta el No a la partidocracia mediante el voto nulo para que tome forma de inmediato un régimen democrático de real naturaleza pública y compromiso nacional. La conjetura de que el voto nulo tendrá tal fuerza, número y contundencia que deslegitimará de raíz al sistema de partidos y dará inicio a otro sistema electoral y a otro sistema de representación con una clase política responsable, es una hipótesis generosa, de buena fe, que responde al hartazgo político que sentimos por la incapacidad e irresponsabilidad política del actual gobierno de partidos. Pero el voto nulo no basta y no tiene la capacidad de crear la dirigencia democrática nacionalmente responsable, a menos que desencadene otros factores que no están a la vista o que los anulistas no han aún formulado con precisión.

